

## Tierra y sangre

De vez en cuando, casi regularmente, los periódicos traen noticias de que en tal punto del sur de Chile un grupo de hombres ha opuesto desesperada resistencia a un piquete de carabineros que llevaba la consigna de desalojarlos de tal o cual fundo o pedazo de tierra. Esa resistencia, claro está, termina siempre con la muerte de dos, tres o más de los ocupantes de ese fundo. De vez en cuando cae también tal cual carabinero.

Los corresponsales de la provincia en que tal cosa ha sucedido, al dar cuenta del hecho, echan inevitablemente la culpa de ello a uno o varios vagos agitadores. Cuesta trabajo, sin embargo, creer que por la prédica de esos vagos agitadores un grupo de hombres acepte morir bajo las balas de los carabineros, ya que ese y no otro es su destino, destino que ellos conocen tan bien como nosotros. Más bien se inclina uno a creer que esa actitud suicida obedece al imperioso deseo de defender algo que les pertenece de un modo u otro y que, por ser de ellos, deben defender hasta la muerte. Muchos son los hombres que están dispuestos a morir defendiendo lo que es de ellos, pero muy pocos los ingenuos o idiotas que acepten morir por algo que saben que no les pertenece. Pueden estar equivocados, es cierto, pero como ellos no lo saben resulta lo mismo: mueren defendiendo lo que ellos creen que es suyo. La acusación de que obedecen a agitadores resulta cada día menos creíble y más sospechosa.

Si estos hechos ocurrieran en un país superpoblado, en un país en que los habitantes deben repartirse entre cien de ellos un kilómetro cuadrado de tierra, podrían esos hechos explicarse de algún modo. Pero no tiene explicación alguna el que ocurran en un país casi vacío, en un país en que un gran porcentaje de las tierras cultivables está sin cultivar, en un país en que muchos fundos no se trabajan en su totalidad o se trabajan con métodos de la época pre-colombina, en un país, en fin, en que existe un Ministerio de Tierras y Colonización.

La conquista de la tierra se ha hecho en todas partes a costa de sangre y muerte, aun la conquista de aquella tierra en que no había

nadie que la impidiera o se opusiera a ella. Pero eso pertenece al pasado, y si sucede hoy, sucede en países habitados aún por salvajes, y ni el niño de diecisiete años ni el anciano de noventa y ocho, muertos hace poco en un fundo del sur, lo eran. No se trata, además, en ese doloroso caso, de una conquista (así queremos creerlo por lo menos).

¿Qué explicación tiene ese hecho bárbaro? Quisiéramos que alguien, de mentalidad y moralidad responsable, nos diera una. De otro modo llegaremos a creer que vivimos en un país indigno de llamarse civilizado.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

---

Sucesión Manuel Rojas ©